
MAQUIAVELO

Enrique Suárez-Iñiguez

Para Kame

Nicolás Maquiavelo (1469-1527), florentino con todo su ser, escribió una de las obras más controvertidas en la historia de la humanidad. *El Príncipe* ha sido objeto de las más variadas interpretaciones que van desde considerar a su autor como el más malévolo y pérfido de los escritores hasta querer ver en su obra un alegato por la libertad. El adjetivo *maquiavélico*, como el sustantivo *maquiavelismo*, aparecen en la literatura universal y perduran desde entonces. La humanidad se ha escandalizado de lo dicho por este autor y, a la vez, ha leído ávidamente su obra. Porque, aunque condenada durante muchos años, fue —y sigue siendo— libro de cabecera de muchos políticos importantes. Catalina de Médici, Carlos V, Richelieu, Napoleón, se dice que Fidel Castro, son sólo algunos nombres de admiradores de *El Príncipe*.

A lo largo de la historia, prácticamente de siglo a siglo, las interpretaciones de este libro singular han variado. Durante su siglo —fue escrita en 1513 pero no fue publicada, según Antonio Gómez Robledo, hasta 1532—, el XVI, se acuñó la idea de que lo maquiavélico era sinónimo de perfidia, crimen y traición. La literatura de la época está llena de esta idea que el *Enrique VI* de Shakespeare, por boca de Ricardo, Duque de Gloucester, recoge: “*I can add colours to the chameleon/Change shapes with Proteus for Advantages / and set the murderous Machiavel to school*”.¹ El siglo XVII continúa con esta idea a pesar de que Maquiavelo encuentra entonces dos defensores de peso: Bacon y Spinoza. La frase de Bacon es célebre: “Debemos mucho a Maquiavelo y a otros escritores de esta clase, los cuales manifiestan o describen claramente

¹ Shakespeare, *Enrique VI*, tercera parte, acto III, escena 2, citado en Cassirer, *El mito del Estado*, México, FCE, Colección Popular, 1968, p. 140. *Murderous* significa tanto sanguinario como asesino.

y sin ficción lo que los hombres hacen y no lo que debieran hacer”.² Volveré sobre esta idea de Bacon más adelante. Spinoza consideró a Maquiavelo un partidario de la libertad.

En el siglo XVIII empieza a cambiar la imagen de nuestro autor aunque todavía aparece *El Anti-Maquiavelo* de Federico II de Prusia, con prefacio de Voltaire, donde se califica a Maquiavelo con los más duros adjetivos. En el siglo XIX viene una imagen totalmente contraria. Hegel dice que la obra de Maquiavelo no sólo está justificada, “sino que aparece como la verdadera concepción, elevada y magnífica, de un auténtico genio político, del más grande y más noble de los espíritus”, y Fichte lo disculpa de las acusaciones morales que por siglos se le habían hecho. En este siglo aparecen también las grandes monografías sobre Maquiavelo “no superadas hasta hoy” como dice Antonio Gómez Robledo, y cita las de Ranke, Macaulay, Sanctis, Villani y Tomassini. Las leyendas del odio y del amor, como las ha llamado Cassirer, han nublado la visión objetiva del autor y de su obra. En el siglo XX ha habido múltiples intentos por interpretar *El príncipe* desde una perspectiva más amplia y objetiva que no siempre se ha logrado. En el centro del conflicto está el problema de la relación entre política y moral.

Antes de tocar tan controvertido tema debo decir unas palabras sobre el hombre Maquiavelo. A despecho de muchas opiniones se ha podido probar que Maquiavelo fue un buen hombre: honrado a carta cabal a pesar de las muchas comisiones oficiales que tuvo; patriota intachable; buen padre y esposo, buen cristiano: murió habiendo recibido los santos sacramentos. Siempre dijo lo que pensó y no ocultó sus ideas; aunque quizá no fue muy congruente políticamente —había sido secretario de la Segunda Cancillería de la República florentina y a la llegada de los Médici al poder buscó seguir conservando el puesto o tener otro— Maquiavelo fue un hombre de bien. En otras palabras, Maquiavelo no fue maquiavélico.

Por otro lado, fue pensador del Renacimiento y hay que tener esto en cuenta para comprender sus alcances y limitaciones. “El Renacimiento, en el sentido

² Citado en Cassirer, *op. cit.*, p. 142. Cassirer dedica tres muy interesantes capítulos de su espléndido libro a analizar la obra política de Maquiavelo. Muestra indudable de la importancia que en la historia del pensamiento político tiene la obra del florentino.

estricto de la palabra, es un movimiento intelectual que comienza a fines del siglo XV,³ se expande durante el primer cuarto del siglo XVI y trata de sacudir las disciplinas intelectuales de la Edad Media, para volver a la antigüedad clásica, estudiada directamente en sus fuentes por los humanistas y no ya a través de la transmisión cristiana.

Pero el Renacimiento, en el sentido amplio de la palabra, es mucho más. Es este hecho considerable, a saber: que la majestuosa construcción medieval, que reposaba en la doble autoridad, del Papa en lo espiritual y del emperador en lo temporal, se derrumba definitivamente. En lo temporal se afirman los grandes Estados monárquicos unificados: Francia, Inglaterra, España, cuyos soberanos van a considerar, cada vez más, como irrisorias las pretensiones, rivales y conciliadas del Papa y del emperador. Entre tanto, el descubrimiento de América, debido a Colón, y de la ruta de la India por el Cabo, debido a Vasco de Gama, van a trastornar la economía mundial. En lo espiritual, la economía del espíritu humano, si así puede llamarse, es trastornada poco a poco, por el descubrimiento de la imprenta: al final del siglo XV, todas las grandes ciudades tienen su imprenta".⁴

El Renacimiento italiano, como lo ha dicho Sabine, "era una sociedad intelectualmente brillante y artísticamente creadora [...] presa, sin embargo, de la peor corrupción política y la más baja degradación moral".⁵ Los asesinatos estaban a la orden del día; la mentira y la perfidia eran usuales; el poder era la ambición universal. La imagen más clara de este estado de cosas era que un sujeto de la calaña de Alejandro VI fuera Papa y padre del héroe de Maquiavelo, el sanguinario César Borgia. No es entonces tan de sorprender las cosas que aparecen en *El príncipe*, aunque esto no justifique moralmente a Maquiavelo.

Debemos examinar el por qué del libro. El hecho de que no la haya publicado en vida significa que no quería darlo a conocer a la opinión pública. ¿Por qué? A mi juicio por dos razones: la primera tiene que ver con el objetivo

³ Para otros autores va desde el XIV al XVI.

⁴ Chevallier, J.J., *Los grandes textos políticos. Desde Maquiavelo a nuestros días*. Madrid, Aguilar, 1967, pp. 4-5.

⁵ Sabine, George H., *Historia de la teoría política*, México, FCE, 1975, p. 253.

del florentino para escribir la obra. Él se daba cuenta de la deteriorada situación en que se encontraba Italia. Escindida por luchas fratricidas — Nápoles, Milán, Venecia, Florencia y los Estados pontificios del centro se disputaban la primacía— estaba, a la vez, sujeta a constantes invasiones de extranjeros, muchas veces traídos por alguna de esas ciudades y, en especial, por el papado. A diferencia de Francia, Inglaterra, España, que estaban constituidos como Estados territorialmente unificados, Italia estaba dividida en múltiples focos de poder. Se hacía necesario un Estado fuerte y unificado, aunque Antonio Gómez Robledo sostenga que ésta no era preocupación de Maquiavelo. “Italia para los italianos” sólo podía darse con un Estado absoluto. De ahí que Maquiavelo escriba *El Príncipe* y lo dedique a Lorenzo de Médici. A su juicio, Lorenzo estaba llamado a realizar esa trascendente tarea. Le escribió a él, no al público, para que liberara y unificara a su patria a pesar de sus propias ideas republicanas; las hizo de lado ante la necesidad. La República no podía lograr esa hazaña; sólo un príncipe absoluto podía alcanzarla. En ese sentido *El Príncipe* es un texto absolutista por más que en los *Discursos* se defiende la República.

Cassirer dice que Maquiavelo no escribió para su tiempo sino para el mundo y que pretendió elaborar una teoría general de la política. Yo discrepo. No sólo por lo anterior, sino por que ningún gran escritor —y Maquiavelo lo era— escribe para el mundo o para la posteridad. Puede pensar en ella pero escribe por necesidad, no por gloria. La famosa carta a Vettoni, del 10 de diciembre de 1513, muestra bellamente la pasión por el saber que tenía Maquiavelo; es una carta que todo lector de la obra del florentino debe conocer.⁶ La segunda razón por la que Maquiavelo escribió *El Príncipe* es mundana y quizá pueril. Buscaba lograr un cargo por parte de los Médici, pues no se resignaba a la soledad de San Casciano, su modesta casa de campo en los alrededores de Florencia. Cabe la posibilidad también de una tercera razón: que por su contenido no la juzgara adecuada para el gran público. Sea como fuere hizo de lado sus ideas republicanas para aconsejar al soberano, tal como dejó los *Discursos sobre la primera década de Tío Livio* para escribir rápidamente *El Príncipe* y sólo luego volver a aquellos.

⁶ Citado en el espléndido trabajo que con motivo del Quinto Centenario del nacimiento de Maquiavelo escribió Antonio Gómez Robledo y que aparece en la edición de *El Príncipe* de “Sepan Cuántos”, de Porrúa, México, 1973, pp. XXIII-XXIV.

Habiendo entendido el por qué del libro, podemos pasar al problema de la relación entre política y moral en la obra de Maquiavelo.⁷

Bacon nos dijo que el florentino describió lo que los hombres hacen y no lo que debieran hacer. Esto no es del todo exacto, explico por qué. Si bien es cierto que Maquiavelo describió una situación tratando, aparentemente de ser objetivo, no puede negarse que *tomó partido*, es decir, que aconsejó lo que debía hacerse y no hacerse. “Todo el acento vital —ha escrito Antonio Gómez Robledo— de *El Príncipe* no está tanto en el ser, cuanto en el deber ser”.⁸ Sin embargo, también Cassirer tiene razón cuando dice que Maquiavelo no aconsejó lo que debía hacerse como bueno o malo, sino como útil o inútil para su objetivo: discutir las medidas que deben tomarse para *adquirir y conservar el poder*, en especial en un Estado nuevo. Y aunque ambos autores no parecen estar de acuerdo en este punto —pues Cassirer sugiere una objetividad en la obra de Maquiavelo que Gómez Robledo parece negar—, los dos puntos pueden conciliarse. No es cierto que fuera meramente descriptivo y objetivo. Yo creo que es indudable que tomó partido. Pero a la vez no fue en términos del bien y del mal, sino de lo útil y lo inútil y esta utilidad en términos de su preocupación mayor, de su objetivo central: descubrir cómo adquirir y conservar el poder. No obstante, a diferencia de Maquiavelo, nosotros sabemos que el fin no justifica los medios, sostenemos que sí es el centro de la teoría de Maquiavelo, por más que sea un lugar común decirlo, como bien lo apunta Antonio Gómez Robledo. No viene aquí a cuento que algunos sostengan que nunca dijo tal cosa Maquiavelo: la idea está claramente en todo el texto. Pero, además, casi lo dijo así. Al final del capítulo XVIII de *El Príncipe*, se lee: “Trate, pues, un príncipe de vencer y conservar el Estado, que los medios siempre serán honorables y loados por todos”. Y es aquí donde yerra Maquiavelo. No puede haber una moral para el individuo y otra para el estadista, una para la persona y otra para el Estado. No se puede, en aras de la utilidad de conservar el poder, aconsejar las peores atrocidades, porque esos son los atributos del maquiavelismo: perfidia, mentira, crueldad, duplicidad, disimulo, asesinato. Y todo esto es aconsejado, explícita e implícitamente, en *El Príncipe* y también, aunque con menor frecuencia, en los *Discursos*. El haber

⁷ No sólo en *El Príncipe* sino también en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1971.

⁸ Gómez Robledo, Antonio, *op. cit.*, p. XXXIX.

elegido como figura a imitar a un sujeto de la estirpe moral de César Borgia es razón suficiente para reprobar la posición de Maquiavelo. Aunque hay muchas interpretaciones al respecto, es indudable que eligió tal figura porque fue el ejemplo vivo de cómo se llevaron a la práctica tales medidas y porque fue un gobernante fuerte y eficaz en la Romaña. Lo sorprendente es que para Maquiavelo nada importó el fracaso final de César Borgia: lo siguió conservando en el mismo pedestal.

Si bien Maquiavelo prefería el bien como ciudadano, consideraba *necesario* que el príncipe hiciera uso del mal para conservarse en el poder. Otra vez, el fin justifica los medios. En *El Príncipe* escribe:

...pues un hombre que en todas partes quiera hacer profesión de bueno, es inevitable que se pierda entre tantos que no lo son. Por lo cual *es necesario* que todo príncipe *que quiera mantenerse aprenda a no ser bueno* y a practicarlo o no de acuerdo con la necesidad (cap. XV, cursivas del autor).

En los *Discursos* se lee:

Son estos medios cruelesísimos, no sólo anticristianos, sino inhumanos, todos deben evitarlos, prefiriendo la vida de ciudadano a ser rey a costa de tanta destrucción de hombres. Quien no quiera seguir este buen camino y *desea conservar la dominación, necesita* ejecutar dichas maldades (Libro I, cap. XXVI, cursivas del autor).

Más aun:

Esta bien mostrarse piadoso, fiel, humano, recto y religioso, y asimismo serlo efectivamente: pero se debe estar dispuesto a *irse al otro extremo si ello fuera necesario*. Es preciso, pues, que tenga una inteligencia capaz de adaptarse a todas las circunstancias, y que, como he dicho antes, no se aparte del bien mientras pueda, pero que, *en caso de necesidad*, no titubee en *entrar en el mal* (*El Príncipe*, cap. XVIII, cursivas del autor).

Es totalmente claro que Maquiavelo prefería el bien, pero que en caso necesario se *debía* optar por el mal. La necesidad de conservar el poder permitía la utilización de cualquier medio y “cuán útil es la necesidad a las acciones humanas [...] causa de hechos gloriosos” (*Discursos*, Libro III, cap.

xii). No veo que pueda haber duda sobre la cuestión moral en la obra de Maquiavelo, tanto en *El Príncipe* como en los *Discursos*.

En éstos, después de hablar del asesinato de Remo por Rómulo, escribe:

Ningún hombre sabio censurará el empleo de algún *procedimiento extraordinario* [sic] para fundar un reino u *organizar una república*; pero conviene al fundador que, *cuando el hecho le acuse, el resultado le excuse*; y si éste es bueno, como sucedió en el caso de Rómulo, siempre se le absolverá. Digna de censura es la violencia que destruye, no la violencia que reconstruye (*Discursos*, Libro I, cap. IX, cursivas del autor). Nótese el eufemismo de llamar “procedimiento extraordinario” al asesinato y nótese también que aquí no se refiere al principado sino a la organización de la república. Así pues es lícito concluir que la necesidad de conservar el poder, en el principado o en la república, justifica las medidas maquiavélicas. “Cuando el hecho le acuse, el resultado le excuse”, ¿no es otra forma —igualmente clara— de decir que el fin justifica los medios?

En moral sabemos que el fin nunca justifica los medios: ni para lograr un fin honorable. Es fácil sostener que la política tiene su propia moral o que es amoral. Ese fue parte del atractivo de la obra de Maquiavelo. No fue él culpable de los crímenes que se han cometido en la historia —que siempre, antes y después que él, han existido— pero sí se han invocado sus ideas para justificar actos que en sí mismos son reprobables y que él propuso explícitamente. Por considerar que la política no está sujeta a la moral hemos padecido infinitas calamidades y sufrido muchos descalabros.

Los antiguos tenían razón. La política debe hacer mejores a los ciudadanos y, en el sentido más profundo de la palabra, educarlos. El poder por el poder mismo no lleva sino al abuso y al horror. El poder es un *medio* para conseguir un fin superior: la felicidad y el bienestar moral y físico de los ciudadanos. Los mismos defensores de Maquiavelo —como Villani— han dicho que algunas de sus páginas no pueden leerse sin horror.⁹ Y no tiene razón Cassirer —es de sorprender que un neokantiano opine así de la cuestión moral—

⁹ *Ibidem*.

cuando opina que el florentino describió la política humana como se describe un juego de ajedrez, pues, como él mismo lo acepta, se trata de seres humanos y no de fichas. Tampoco es válida la analogía que hace con el químico que prepara un veneno que no es culpable de si lo usa un médico o un asesino. Lo que proponía Maquiavelo era prácticamente la realización de *cualquier* medio con tal de conservar el poder en detrimento de seres humanos de carne y hueso.

Me he extendido en estas consideraciones, antes de examinar las principales tesis de Maquiavelo, por la trascendencia y el uso que han tenido éstas. *El Príncipe* es un libro más citado que leído y los *Discursos* son poco conocidos del gran público. Con *El Príncipe* se dice que nace la ciencia política en la medida en que no subordina la política a la ética o a la religión, sino que le da un “objeto autónomo de conocimiento”, como dijo Cerroni.¹⁰ Si decimos ciencia política *moderna* estaría de acuerdo, pues la ciencia política como tal nace en la antigüedad clásica griega y ya Aristóteles la llamaba así. Sea como fuere era necesario detenerse en la cuestión moral antes de pasar a examinar la obra.

El Príncipe empieza con estas palabras: “Todos los Estados,¹¹ todas las dominaciones que han ejercido y ejercen soberanía sobre los hombres, han sido y son repúblicas o principados”. De las repúblicas habla en los *Discursos*, del principado en *El Príncipe*.¹²

Los principados pueden ser hereditarios o nuevos. A Maquiavelo le interesan los nuevos, los cuales pueden adquirirse por la virtud,¹³ o por la suerte, por las armas propias o las ajenas. Los principados mixtos son los que no son del todo nuevos sino agrupados a uno ya existente. Cuando se respetan las costumbres y ventajas que ya tenían, los hombres permanecen sosegados y

¹⁰ Cfr. Cerroni, Umberto, *Introducción al pensamiento político*, México, Siglo XXI, Colección Mínima, 1974.

¹¹ Es de notarse que desde el inicio utiliza el término Estado para referirse al cuerpo político soberano, y gracias a sus escritos, como ha dicho Sabine, parece haberse difundido el término entre los idiomas modernos.

¹² El verdadero título del libro era *De principatibus*, es decir, de los gobiernos de príncipes o principados, pero *El Príncipe* fue el título con que todo mundo conoció la obra.

¹³ Virtud para Maquiavelo son las facultades propias, la energía, el empuje, el talento, como ha dicho Chevallier. No el hecho de ser mejor en tanto ser humano como para los antiguos. Virtud para Maquiavelo son los medios propios: lícitos e ilícitos.

no hay peligro de importancia. Quien los adquiere debe seguir las siguientes consideraciones si quiere conservarlos. Debe hacer desaparecer la descendencia del antiguo príncipe pero conservar sus leyes y tributos; debe el conquistador vivir en el Estado conquistado y formar colonias, nunca ocuparlo con tropas; "a los hombres hay que conquistarlos o eliminarlos": se debe actuar de tal manera que no puedan responder a la ofensa, vale decir, el golpe debe ser tan grande y decisivo que sea posible de responder,¹⁴ debe estar del lado de los pobres, debilitar a los poderosos e impedir que un extranjero fuerte ingrese en su Estado; los desórdenes presentes hay que evitarlos "a cualquier precio" y evitar los futuros porque pasa como con el tísico, que al principio el mal es difícil de reconocer pero fácil de curar y después es fácil de reconocer pero difícil de curar; hay que impedir que un desorden siga su curso porque una guerra no se puede evitar sino sólo postergarla en perjuicio propio; en síntesis: no debe un príncipe cometer los errores que cometió Luis de Francia, a saber: aniquilar a los débiles, aumentar el poder de un poderoso, introducir extranjeros poderosos, no fijarse en el territorio conquistado y no fundar colonias.

Hay dos formas para Maquiavelo de gobernar un principado. O el príncipe escoge entre sus siervos quiénes serán los ministros que todo se lo deberán a él o nombra a los nobles para los cargos públicos por sus propios méritos. Si se quiere conquistar un Estado así resultará difícil en el primer caso porque todos están unidos, pero una vez vencidos militarmente ya no ofrecerán oposición. En el segundo caso es fácil de invadir porque siempre hay descontento entre los nobles, pero difícil de conservar porque los nobles son muchos y siempre podrán unir sus fuerzas contra el conquistador.

A los principados se les destruye, se radica en ellos o se les deja regir por sus propias leyes en libertad; pero el único medio seguro de gobernar un principado que está acostumbrado a ser libre es "destruirlo" (cap. v). En cambio con las repúblicas sólo se tienen las dos opciones primeras.

¹⁴ En los *Discursos* se lee: "Es indispensable no hacer daño a nadie o *hacerlo de una vez*, Libro I, cap. XLV y también: "El príncipe que no castiga a quien delinque de manera que no pueda volver a delinquir, es tenido por ignorante o cobarde", Libro II, cap. XXIII.

En lo que respecta a los principados nuevos se tienen por azar o por virtud. Los que se consiguen por virtud se adquieren con dificultad pero se conservan fácilmente: los otros, en cambio, al revés. Lo más peligroso, en todo caso, es introducir nuevas leyes. El príncipe debe estar, por supuesto, armado. Es en este capítulo VII cuando Maquiavelo pone como ejemplo a César Borgia de quien describe algunas de sus “hazañas”.¹⁵

Maquiavelo se pregunta cómo hacer buen o mal uso de la crueldad. Ya hemos visto que bien o mal se refiere a útil o inútil para conservar el poder. Un principado puede conquistarse por “perversidades y delitos” o por el favor de sus conciudadanos. “Llamaría bien empleadas las crueldades (si a lo malo se le puede llamar bueno)¹⁶ cuando se aplican de una vez por absoluta necesidad de asegurarse”, y cuando no se repiten. Todo ello en beneficio de los súbditos. Mal empleadas serán las que se dan poco a poco. El golpe, como vimos, hay que asestarlo de una vez y para siempre, no dosificarlo. “Los que observan el primero de estos procedimientos pueden, como Agátocles, con la ayuda de Dios [como si Dios pudiera estar de acuerdo con estas atrocidades] y de los hombres, poner algún remedio a la situación; los otros es imposible que se conserven en sus Estados” (cap. VIII).

El principado civil es el que se obtiene por el favor de sus conciudadanos. Como la nobleza y el pueblo siempre están enfrentados, el príncipe debe apoyarse en los unos o en los otros. El que llega al principado con ayuda de los nobles se mantiene en el poder con mayor dificultad pues se sienten sus iguales y le es difícil manejarlos, con todo, son pocos y se les puede enfrentar. El pueblo lo forman muchos y no es fácil ni prudente enfrentarlo. Con el mismo pueblo se vive siempre, pero no con los mismos nobles. El príncipe debe gobernar de tal manera que el pueblo siempre lo necesite a él y al Estado.

¹⁵ Una de las más célebres fue cuando invitó a sus enemigos los Orsini —quienes también eran unos desalmados— a cenar para pactar y ahí lo hizo estrangular. Maquiavelo se encontraba hospedado en casa de César Borgia en misión diplomática y narra el hecho que el propio Borgia le contó sin alarma alguna. Como a las dos de la mañana lo mandó llamar Borgia “y con la mejor cara del mundo se alegró conmigo de este suceso”. Ver Antonio Gómez Robledo, *op. cit.*, p. XIX.

¹⁶ Nótese como duda Maquiavelo de que pueda llamársele bueno a lo que no lo es. Habría sido mejor llamarlo útil.

En una típica afirmación, Maquiavelo dice que los cimientos indispensables de todo Estado nuevo, antiguo o mixto, son las buenas leyes y las buenas tropas “y como aquéllas nada pueden donde faltan éstas, y como allí donde hay buenas tropas por fuerza debe haber buenas leyes, pasaré por alto las leyes y hablaré de las tropas” (cap. XII). En los *Discursos* está la misma idea: “No creo inútil repetir aquí que el fundamento de un Estado es la buena organización militar, y que sin ella no puede haber, ni buenas leyes, ni cosa alguna buena” (*Discursos*, Libro III, cap. XXXI). En efecto, a Maquiavelo no le interesa el deber ser jurídico; a diferencia de Bodin no se sitúa en este plano sino en el de los hechos. Y como el poder se consigue y/o se afirma por fuerza.¹⁷ Maquiavelo dedica gran atención al asunto de las tropas. De hecho es una de sus principales tesis y una de sus preocupaciones mayores: el príncipe italiano debía darse cuenta de qué tipo de tropas utilizar para liberar Italia y consolidar el poder.

Hay cuatro tipos de tropas: las propias, las mercenarias (que abundaban en Italia durante el siglo XVI), las auxiliares y las mixtas. Las mercenarias son peligrosísimas: están desunidas, son ambiciosas, desleales, “valientes con los amigos, pero cobardes cuando se encuentran frente a los enemigos”, carentes de disciplina, sin fe en los hombres ni temor de Dios. Las auxiliares —las tropas extranjeras que solicita el príncipe en su auxilio— son igualmente inútiles y peligrosas pues si pierden el príncipe queda derrotado y si ganan se convierte en su prisionero. Las mixtas son las formadas por tropa propia y mercenaria. Son mejores que las dos anteriores pero peores que las propias. Sólo con éstas están seguros el Estado y el príncipe.

Maquiavelo le da tanta importancia al asunto militar que sostiene, con una claridad que no deja lugar a dudas, que para conservar un Estado lo esencial es conocer el arte de las armas. “Un príncipe no debe entonces tener otro objeto ni pensamiento ni preocuparse de cosa alguna fuera del arte de la guerra y lo que a su orden y disciplina corresponde, pues es lo único que compete a quien manda” (cap. XIV).

¹⁷ En los *Discursos* matiza: “No quiere decir esto que en mi opinión no se deben emplear la fuerza y las armas; pero conviene que sea en último caso y a falta de otros medios” (Libro II, cap. XXI).

Los capítulos XV al XIX de *El Príncipe* trazan con detalle las características del maquiavelismo a las que me referí antes. El príncipe no debe preocuparse, nos dice, “de incurrir en la infamia de vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el Estado, porque si consideramos esto con frialdad hallaremos que, a veces, lo que parece virtud es causa de ruina, y lo que parece vicio sólo acaba por traer el bienestar y la seguridad” (cap. XV). Un príncipe no debe preocuparse por ser calificado de cruel si utiliza la crueldad para mantener unidos y fieles a los súbditos. Toda nueva dominación implica peligros y para conjurarlos no deben evitarse los actos de crueldad. Un príncipe debe ser a la vez amado y temido, pero más vale lo último. Ante todo, no debe ser odiado y para no serlo no debe apoderarse de los bienes ni de las mujeres de los ciudadanos (cap. XIX), ni proceder contra la vida de alguien “sino cuando hay justificación conveniente” (cap. XVII). Todos —nos dice— alaban al príncipe que cumple su palabra y se comporta con rectitud y sin doblez, pero la experiencia demuestra en esos tiempos “que son precisamente los príncipes que han hecho menos caso de la fe jurada, envuelto a los demás con su astucia y reído de los que han confiado en su lealtad, los únicos que han realizado grandes empresas” (cap. XVIII). Imposible dejar de pensar, al leer estos párrafos, en la abominable figura de Ricardo III en la obra de Shakespeare. La mentira, el disimulo, la duplicidad, la perfidia, la crueldad y el asesinato conforman tanto la figura de Ricardo como la del príncipe que propugna Maquiavelo.¹⁸ Por ello Antonio Gómez Robledo ha señalado el capítulo XVIII como el más terrible de todos, porque arrasa con todos los valores morales.

Hay, entonces, nos dice el florentino, dos maneras de combatir: con las leyes y con la fuerza. La primera es propia del hombre y la segunda de la bestia. “Pero como a menudo la primera no basta, es forzoso recurrir a la segunda”. Un príncipe debe saber comportarse como ambas cosas. Surge así la famosísima metáfora del zorro y del león. El león no sabe protegerse de las trampas ni el zorro de los lobos. “Hay, pues, que ser zorro para conocer las trampas y león para espantar los lobos”. “Por lo tanto, un príncipe prudente no debe observar la fe jurada cuando semejante observación vaya en contra de sus intereses y cuando hayan desaparecido las razones que le hicieron prometer.”

¹⁸ Un típico pensamiento de Maquiavelo se encuentra en los *Discursos*: “Basta pedir a uno el arma que tiene, sin añadir ‘Te quiero matar con ella’. Apoderado del arma, puedes matarlo”. (Libro I, cap. XLIV).

Todas estas abominables ideas se basan en una concepción pesimista y negativa del ser humano, no podría ser de otra manera. Para justificar, como lo hace, el fin por los medios hay que tener una concepción muy deteriorada del hombre. “Porque de la generalidad de los hombres se puede decir esto: que son ingratos, volubles, simuladores, cobardes ante el peligro y ávidos de lucro. Mientras les haces bien, son completamente tuyos: te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos pues [...] ninguna necesidad tienes de ello; pero cuando la necesidad se presenta se rebelan [...] y los hombres tienen menos cuidado en ofender a uno que se haga amar que a uno que se haga temer; porque el amor es un vínculo de gratitud que los hombres, perversos por naturaleza, rompen cada vez que pueden beneficiarse: pero el temor es miedo al castigo que no se pierde nunca [...] porque los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio” (cap. XVII). Este pasaje dibuja con claridad el concepto de hombre,¹⁹ que tenía Maquiavelo. Dije Maquiavelo y no *El Príncipe* porque en los *Discursos* aparece la misma concepción: todos los hombres son “malos y dispuestos a emplear su malignidad natural siempre que la ocasión se los permita”. “Los hombres hacen el bien por fuerza; pero cuando gozan de medios y libertad para ejecutar el mal todo lo llenan de confusión y desorden” (Libro I, cap. III).

Es el momento de señalar una tesis más, se ha dicho con frecuencia que hay dos Maquiavelos: el de *El Príncipe* y el de los *Discursos*: que son dos enfoques y dos orientaciones distintos. Por los pasajes que hemos visto sobre la cuestión moral y sobre la concepción de hombre que tenía, comprobamos que esto no es así. Hay una unidad de pensamiento en Maquiavelo, su concepción pesimista del hombre es la misma en los dos libros y la justificación de las medidas maquiavélicas para conservar el poder, también. Puede ser que el tono del libro sea distinto. En los *Discursos* parece más humano nuestro autor, las ideas maquiavélicas están aquí y allá pero no forman el grueso del libro. En *El Príncipe* prácticamente sólo trata de ellas, pero no hay duda que en ambos libros se encuentran.

En lo que sí se diferencian claramente un libro de otro es en lo que ya sostuve antes. En *El Príncipe* justifica el poder monárquico; en los *Discursos*,

¹⁹ Para Maquiavelo hay tres clases de cerebros: los que son capaces de discernir, los que no pero entienden el discernimiento de los otros y los que no son capaces de lo uno ni de lo otro (cap. XXII).

la república. En el primero aconseja al soberano, en el segundo al pueblo. Pero ello se debe a dos cuestiones distintas: la histórica y la personal. *El Príncipe* implica la necesidad de un Estado monárquico absolutista como la única manera de responder a las condiciones históricas del siglo XVI italiano. Los *Discursos* muestran sus propias y sentidas ideas: lo que él quería y por lo que se inclinaba: un gobierno republicano como el mejor posible.²⁰

Después de hablar de la fortuna²¹ Maquiavelo, al final de *El Príncipe*, ofrece un sorprendente capítulo que ha dado lugar a la polémica: “Exhortación a liberar a Italia de los bárbaros”. Este capítulo —cuya paternidad incluso se ha discutido— es, para muchos, la clave del libro. Chevallier no duda en calificar como el “supremo secreto” de Maquiavelo este deseo de liberar Italia. Como lo dije al principio, la motivación del florentino era impedir que Italia siguiera siendo campo fértil para las conquistas extranjeras traídas muchas veces por los propios italianos y, en especial, por el papado. Para ello consideró indispensablemente necesario, a despecho de sus ideas republicanas, un Estado monárquico, fuerte y unificado. En otras palabras, un Estado absolutista donde un príncipe gobernara con mano férrea. Eso explica por qué no lo dio a luz mientras vivió. Este capítulo corona toda la obra; no en balde lo sitúa al final de ella. Ahí se descubre la intención de este singular libro que causó —y sigue causando— tanto revuelo. Sólo así se explican las aparentes paradojas entre sus ideas republicanas y el apoyo a un gobierno monárquico.

²⁰ De que Maquiavelo se inclinaba por la república y que la consideraba la mejor forma de gobierno no hay duda alguna. “Tanto han durado las monarquías como las repúblicas [...] Comparados un pueblo y un príncipe, sujetos ambos a las leyes, se verá mayor virtud en el pueblo que en el príncipe; si ambos no tienen freno, menos errores que el príncipe cometerá el pueblo y los de éste tendrán mejor remedio” (*Discursos*, Libro I, cap. LVIII). “No es el bien particular, sino el bien común lo que engrandece los pueblos, y al bien común únicamente atienden las repúblicas” (*Discursos*, Libro II, cap. II). En *El Príncipe* pareció creer que la monarquía absoluta podía responder mejor a las necesidades del bien común. En los *Discursos*, por otro lado, incluso sostiene tesis antiabsolutistas: “lo de peor ejemplo en una república es hacer una ley y no cumplirla, sobre todo si la inobservancia es por parte de quien la ha hecho” (Libro I, cap. XLV). Las tesis clásicas absolutistas sostenían que el príncipe puede hacer la ley pero no tiene que acatarla.

²¹ “Sin embargo, y a fin de que no se desvanezca nuestro libre albedrío, acepto por cierto que la fortuna sea juez de la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja gobernar la otra mitad, o poco menos”. Será feliz el que logre conciliar “su manera de obrar con la índole de las circunstancias”. *El Príncipe*, cap. XXV.

El Príncipe probablemente ha dado lugar a más investigaciones y estudios que cualquier otro libro de filosofía política. Su atractivo ha sido enorme y en gran medida debido a la separación que pretende entre política y moral. Como ya dije, es un lugar común sostener que con él nace la ciencia política. Era necesario examinarlo con cuidado y responsabilidad junto con algunas tesis de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Sólo así, y entendiendo el significado del Renacimiento, podremos darle su justo lugar en la historia de las ideas políticas y en nuestra vida.